

DIVULGACION METEOROLOGICA

Mitología de la Meteorología

En la remota antigüedad el estudio de los fenómenos atmosféricos comenzó como un mito. Los bruscos cambios atmosféricos se atribuían al humor de los dioses, a sus veleidades. Los sacerdotes, adivinos y hechiceros de las viejas civilizaciones eran los encargados de invocar la lluvia y realizar sacrificios para aplacar la ira de los violentos dioses.

Y es que los bruscos cambios de tiempo asociados a un temporal, los rayos y truenos de una tormenta o la solapada sequía que se genera inesperadamente durante largos meses de calma y bonanza, son caprichos de la Naturaleza, que encierran siempre algo enigmático para los humanos.

Las invocaciones al «brujo del frío» de los antiguos japoneses, el tan-tan para atraer la lluvia de las tribus negras de Africa, las flechas disparadas contra las nubes tormentosas o las campanas echadas al vuelo para espantar el granizo, como se hacía en la Edad Media... eran otros tantos signos del temor y la impotencia que los desatados elementos despertaban en los hombres de las más dispares y remotas razas.

En las civilizaciones orientales: Mesopotamia, Sumeria, Caldea, China, la India, se realizaban sacrificios para atraer las aguas celestes. Para los egipcios el Nilo era una divinidad, cuyas crecidas estacionales —asociadas a las lluvias tropicales en la cabecera del río— inundaban y dejaban fértiles las tierras; a ellas van asociados los sueños bíblicos del Faraón, con el simbolismo de las siete vacas gordas y las siete vacas flacas. En la India, el Rig-Veda contenía numerosas precisiones asociadas al desbordamiento de los ríos provocado por las lluvias monzónicas.

En China, destaca entre las deidades Liu Thien Chun, representado con un halo de fuego alrededor de la cabeza (relámpago), tocando un tambor (trueno) y soplando bocanadas de aire: era el regidor general de las cosechas y del tiempo en el siglo IV de nuestra era cristiana.

En Europa, los griegos, romanos y escandinavos tenían también una numerosa representación de deidades meteorológicas a las que atribuir los cambios de tiempo. Citaremos al respecto, entre las divinidades griegas a la diosa Iris (creadora del arco iris), a la diosa Eos (que lloraba al amanecer salpicando con sus lágrimas de rocío la tierra), al dios Poseidón o Neptuno, amo del mar (de sus calmas y de su oleaje). Los romanos heredaron mucho de estos dioses de los griegos y ampliaron su repertorio con Eolo —el popular rey de los vientos que se cita en la Eneida— y Vulcano, dios del fuego y de las tormentas; todos ellos vivían en el Olimpo y acataban la máxima autoridad de Júpiter tonante.

Los dioses escandinavos eran inhumanos y feroces. El dios Thor tiene la paternidad del trueno, con su yunque y su martillo. La palabra inglesa tormenta (thunderstorm) es un derivado del nombre de esta deidad, tan admirada por los navegantes vikingos.

— Al otro lado del océano, en el México precolombino de los siglos VII al XIV, tenía lugar destacado el dios Tlaloc; gracias a él podía mantenerse fecunda la tierra y vivir los hombres. Las estatuillas que simbolizaban al dios le representaban con unos anillos alrededor de los ojos, semejante a una gafas, que representaban las nubes («tlaloques» en el lenguaje de los indios del actual estado de Veracruz) y en el que se basa el título de una novela: *El dios de la lluvia llora sobre Méjico*.

A propósito de los griegos, merece citarse la obra de Aristóteles, su *Meteorológica* (discurso sobre la atmósfera), que sacó los estudios meteorológicos de la noche de la mitología. Su discípulo Teofrasto escribió el *Libro de las señales* (tratado sobre el viento y los signos del tiempo).

Estas obras, en sus observaciones, comentarios y descripciones constituyen verdaderas guías de carácter subjetivo. Estos libros fueron introducidos en España por los árabes, durante la época medieval; y Dante, al escribir algunos pasajes de su «Divina Comedia» se inspiró en estas «recetas meteorológicas» de los antiguos griegos.

En fin, todas las ciencias han necesitado de precientíficos —sacerdotes o adivinos de antiguas civilizaciones— precursores de los modernos profesionales. Pero lo que también se debiera decir —y se calla— es que en España —sin ir más lejos— gozan aún de popular renombre «las cabañuelas de agosto», «la luna de octubre» y «el almanaque zaragozano», todas ellas son auténticos «camelos» climatológicos, dignos de figurar en una antología de cuentos de viejas. Si la Astimonia tuvo su Astrología, ¿cómo se iba a librar la Meteorología?

Y con esto damos por terminada esta rápida revisión de divinidades y hechos que fijan un tanto las ideas sobre el MITO de la METEO.

(L. G. P.)

Breve historia de la Meteorología

La prehistoria e historia de la Meteorología se hallan jalonadas de curiosidades y anécdotas. Antes nos referíamos a los mitos y deidades meteorológicos de la antigüedad; ahora vamos a esbozar una breve síntesis del desarrollo de la ciencia del tiempo.

Hace miles de años el adivinar el tiempo estaba sólo reservado a los magos y el crearlo a los dioses. Hoy día —gracias a la magia de la electrónica— en forma de radio, radar, satélites meteorológicos y computadores, se están consiguiendo avances sorprendentes, y cualquier joven meteorólogo en los comienzos de su carrera puede confiar resolver durante su vida alguno de los problemas del tiempo que fascinaron y desesperaron a sus antecesores.

La veleta, para conocer la dirección del viento, es uno de los aparatos meteorológicos más antiguos que se conocen, al parecer es un invento chino y los romanos de antes de la era cristiana ya conocían la relación entre viento y cambio de tiempo, de forma que numerosas veletas ornaban los tejados de la antigua Roma. En el siglo II antes de Jesucristo, se construyó en Atenas la llamada «torre de los vientos», que ha llegado en buen estado a nuestros días, construida en planta octogonal, en sus frontis se hallan representados en bajorrelieves de mármoles, las alegorías de los vientos de cada rumbo.

Aristóteles, en su *Meteorológica* en el siglo IV A.C. suponía toda la región terrestre formada por cuatro elementos: fuego, aire, agua y tierra, y creía que cada uno se podía transformar en el otro; estas ideas estuvieron muy en boga en la Edad Media.

En 1543 Copérnico desterró estas ideas con su concepción heliocéntrica del Universo. Poco después Galileo, Tycho Brahe, Kepler, realizaban revolucionarios estudios astronómicos, que aunque no tenían relación inmediata con el tiempo atmosférico, ayudaban a crear una conciencia de observación y una explicación de los hechos observados.

En el siglo XVII Galileo inventa el termómetro (año 1600), y poco tiempo después Torricelli y Viviani miden la presión atmosférica (1643) fijando los fundamentos del barómetro. Pocos años antes, Cassini había inventado el pluviómetro (1639) para medir la lluvia.

En el siglo XVIII siguen mejorándose los instrumentos meteorológicos, en 1780 Saussure consigue medir la humedad atmosférica con el higrómetro de cabello, Franklin en 1752 trabaja sobre la electricidad atmos-

férica y patenta el primer pararrayos. En 1783 los hermanos Montgolfier ascienden en el seno del aire utilizando un globo de aire caliente.

A principios del siglo XIX Lavoisier y Dalton establecen los fundamentos físicos de la Meteorología, que se presenta ya como una verdadera ciencia.

En 1803 un farmacéutico inglés, Luke Howard, hace la primera clasificación de las nubes: cirros (rizo de cabellos), cúmulos (montañas), stratos (extendidas) y nimbos (de lluvia). El literato Goethe, en su obra *Fausto*, hace magnífica descripción de las nubes. Esas descripciones empíricas del tiempo atmosférico pasaron a ser la apasionante ciencia actual, donde el observador meteorológico se encuentra ayudado por barcos, aviones, radar, cohetes, satélites, radiosondas..., son «detectives del tiempo» dentro del Programa de la Vigilancia Meteorológica Mundial.

Mediado el siglo XIX, un revolucionario invento: el telégrafo de Morse (1843) proporcionó la forma de reunir con rapidez las observaciones meteorológicas de varios puntos. Durante la Campaña de Crimea, un violento temporal de agua y viento, arruinó la escuadra inglesa y francesa frente al puerto de Balaklava, en el Mar Negro. Ello fue el aldabonazo que despertó la conciencia europea; ya que la llegada de la borrasca, que tardó más de tres días en cruzar toda Europa, hubiese podido ser avisada con la ayuda del telégrafo, dando tiempo a los barcos a buscar refugio seguro.

Ya en el siglo XX la concentración de numerosos informes sobre el tiempo era un hecho. Las dos guerras mundiales fueron muy fructíferas en descubrimientos meteorológicos: en la de 1914-1918 la escuela noruega formula la teoría que explica la estructura de borrascas del frente polar, como una lucha entre dos masas de aire separadas por «frentes» nubosos; durante la contienda 1939-1945 los norteamericanos sientan las bases de una más clara explicación de la circulación atmosférica, apoyada en el descubrimiento de las «corrientes en chorro» verdaderos ríos de viento que aparecen embutidos dentro de la atmósfera en las cercanías de la tropopausa.

Desde 1950 a nuestros días, los ordenadores electrónicos y las observaciones desde cohetes y satélites artificiales vienen dando un notable impulso a la investigación meteorológica y a los pronósticos del tiempo. Sin embargo, la Meteorología no es todavía una ciencia exacta, ni el meteorólogo un ser infalible. Por eso, aún cuando posee el suficiente sentido del humor para encajar los chistes alusivos a la inexactitud de las predicciones, hemos leído hace poco un proverbio inglés que comenta con amargura: «Cuando acierto, nadie lo recuerda; cuando me equivoco, nadie lo olvida».

(L. G. P.)

Los inciertos refranes agrometeorológicos

Del tiempo atmosférico habla mucho todo el mundo, pero se sabe todavía poco acerca de la veleidosa atmósfera. La Meteorología es una ciencia esquiva y apasionante que exige muchos esfuerzos y gastos en observaciones y técnicas, dando relativamente pocos resultados, a cambio, a los que la cultivan.

Y hacemos esta introducción, porque todavía hoy —muy avanzado el siglo XX— se leen, escriben y oyen muchas cosas equívocas y pintorescas sobre la predicción del tiempo futuro.

Hoy día, contando con todos los adelantos de la técnica moderna: imágenes de satélites meteorológicos, radar, radiosondas, aviones de reconocimiento, potentes calculadores electrónicos, etc., la predicción meteorológica, con carácter científico, no es posible más allá de cinco a siete días vista. Hacer predicciones efectivas para un mes o un año es una quimera científica; todo lo más que se realiza es para dar una referencia con respecto a los valores climáticos medios, es decir, lo que suele ser normal en un mes o en una estación del año.

Es natural que el hombre de campo, metido en su comarca, dentro de sus tareas, siga aferrado a tradiciones orales, a consejas y a refranes, unos buenos y otros malos. Pero no está bien seguir cultivando resabios y vicios, tal como hacen algunos calendarios y medios de difusión; ya que con ello realizan un menguado favor a nuestros campesinos: labradores, ganaderos, pastores, forestales, huertanos...

Nos vamos a ocupar aquí de «tres camelos rurales» que gozan todavía de una gran prestancia:

* *La luna de octubre.* «Que siete lunas cubre, y si llueve, nueve.»

* *Las cabañuelas.* «Agosto guarda el secreto, de doce meses completo.»

* *La lluvia de Santa Bibiana.* «Si después de otoño seco, llueve en Santa Bibiana, llueve cuarenta días y una semana.»

Son tres botones de muestra de cómo los prejuicios vinieron pasando de generación en generación; transmitidos de abuelos a padres y de padres a hijos. Ellos se basaron en relatos dudosos y consejas fantásticas, más que en el conocimiento profundo de los hechos meteorológicos.

Los antiguos rendían culto a sus dioses, para que se mostrasen con ellos favorables y no feroces, para que les diesen la delicia de buenas cosechas y no el espanto de adversidades naturales y hambres. En el sueño, el hombre está dormido y prefiere soñar despierto, para ello recurre a la embriaguez (el estupefaciente más antiguo es el vino); con ello se inhibe de sus preocupaciones y se muestra eufórico: seguro que algunos refranes se hicieron después de copiosas libaciones.

La luna de octubre

El mes de octubre es asiento de dos faenas agrícolas muy importantes y contrapuestas: la vendimia y la sementera. Para recoger las uvas se precisa tiempo soleado y seco; para sembrar el grano hacen falta las lluvias de temporales previos, que aporten tempero a los suelos.

Es, pues, natural que el agricultor se sienta inquieto en esta época para conocer cómo va a ser el tiempo futuro. Entonces recurre a observar lo que pasa en la luna nueva de octubre, achacándole su influencia y carácter de mando sobre el tiempo futuro. Analizando esa primera fase, y teniendo en cuenta que «la luna no es como pinta, sino como tercia y quinta», inducen lo siguiente: Si la luna que nace en octubre lo hace con tiempo seco, secos serán el invierno y primavera que siguen; pero como comience con lluvia, húmedos serán los meses siguientes hasta abril.

Como «sospecha», en la que basan su validez, podría decirse que el otoño suele ser una estación de tiempo revuelto y que la duración de cada temporal de lluvias asociado al paso de una familia de borrascas suele durar de cinco a siete días (aproximadamente una lunación). Pero la controversia sigue: con una misma luna de octubre, es muy posible que haya lluvias copiosas en el Cantábrico y torrenciales por Levante; mientras que por el Centro y Andalucía no caiga ni una gota. ¿Cómo interpretar entonces esa luna «mandona» de octubre para el total de España?

Las cabañuelas

Es otro antiguo y desacreditado «horóscopo rural». Su misión es vaticinar, inada menos!, cómo va a ser la meteorología del año venidero.

Los profetas del Agro no se ponen muy de acuerdo sobre este punto futurible y conocemos varias versiones al respecto:

La primera es la versión de las «cabañuelas manchegas» (zona de Hellín). Parece ser que tienen la siguiente sistemática:

Como sea el día 1 de agosto, así será el mes de agosto; como sea el día 2, así será septiembre...; como sea el día 12 así será julio... Luego vienen las «retornas» (o contrarabañuelas): Como sea el día 13 de agosto, así se confirmará o retornará agosto; como sea el día 14, así será septiembre, etc... Todo bastante sencillo ¡si fuese verdad!

Pero en esta versión habría que *promediar* el carácter de dos días para vaticinar el comportamiento de un mismo mes, y ver si sus caracteres se refrendan o no en sus «retornas».

Para otros las «cabañuelas» tienen otra correspondencia: Como sea 1 de agosto, así sería el mes de enero siguiente; como sea el 2 sería el carácter que hay que transcribir a febrero, y así sucesivamente. Pero con un retoque: Se hacen observaciones tres veces al día —mañana, mediodía y tarde—, y los caracteres se extrapolan a la primera, segunda y tercera decena del mes correspondiente.

Por fin (hay para todos los gustos), están las cabañuelas mallorquinas. Las hacen por Navidad: Como haga el día 26 de diciembre, así será enero; como haga el día 27, será febrero; como haga el día 31 será junio...: como haga el día 6 de enero será diciembre. Además vaticinan: «Navidad en la azotea, Semana Santa en la chimenea».

Los primeros días de agosto pueden ser bastante distintos unos de otros —dentro de la tónica calurosa del mes— pero ¡es tan difícil extrapolar el carácter de un día a todo un mes!...

Al parecer, las «cabañuelas» era una tradición hebrea: Los judíos construían sus tabernáculos y cabañuelas viviendo en pleno campo y al aire libre. Influenciados por el ambiente bucólico, al hacer sus sacrificios, observaban la dirección del viento dominante, los cambios de aire, las tormentas y el aspecto de la luna, tratando de inferir de ellos el carácter del año venidero.

Lluvia de Santa Bibiana

Cuando los temporales otoñales de lluvia no llegan oportunamente, el labrador no se atreve a sembrar en suelo seco y el ganadero teme una mala otoñada de pastos. Pero todavía tienen fe en la esperanza de que las lluvias llegarán retrasadas... Y la *fecha clave* es el 2 de diciembre, festividad de Santa Bibiana. Entonces puede presentarse un temporal retrasado de lluvias, con temperaturas suaves. Naturalmente, ello no quiere significar que las lluvias tengan que alargarse durante varios meses consecutivos; aunque en ocasiones haya ocurrido, con el consiguiente encharcamiento de tierras y el desbordamiento de ríos.

Diciembre es ya un mes tardío para sembrar cereales de invierno. Las lluvias de Santa Bibiana ayudarían, en todo caso, a nacer lo que ya estuviese tapado. Ya sentencia el refrán: «En pasando ya noviembre, quién no sembró que no siembre», puesto que «si lo temprano miente, lo tardío siempre». El labrador decide, en ocasiones de sequía, dejar las tierras para sembrarlas en primavera con cereales de ciclo corto.

Lotería meteorológica

Los tenaces labradores de nuestros secanos cerealistas juegan todos los años una especie de «lotería meteorológica». Primero confían en los vientos propicios que les traerán las nubes y la lluvia en otoño: los ábre-gos y ponientes. Después, en las nubes de primavera con sus chaparrones para ayudar al espigado. Y no quieren ni pensar en los factores adversos: heladas tardías, golpes de calor prematuros, granizo, vientos violentos, sequía... ¡Qué difícil conseguir un año bueno y equilibrado!

Como año óptimo para cereales y pastos podríamos citar el año agrícola 1979-1980, que llovió cuando hacía falta.

Como un mal ejemplo de cuanto venimos diciendo podríamos recordar la tremenda sequía 1980-81-82-83, con un repertorio de calamidades afectando a muchas actividades agrarias; citaríamos:

Falta de lluvia para la sementera, calores prematuros mermando las espigas, carencia de agua para riego...

Prados rescos sin pasto para el ganado en la otoñada, falta de agua para abrevar las reses, grandes desembolsos y gastos para comprar piensos...

Montes y bosques rescos y muy expuestos a los incendios forestales, árboles castigados por oleadas de frío o golpes de calor...

Tremendos diluvios y aguaceros en la cuenca del Júcar (18 al 22 de octubre de 1982), en Pirineo Catalán y Andorra (8 y 9 de noviembre de 1982), en Cantabria y Vizcaya (19 al 21 de agosto de 1983).

Esta sequía nos recuerda la de los años agrícolas 1942-43-44 y 1948-49, con las restricciones de agua, la carencia de alimentos, el hambre y las privaciones. Entonces no existían los recursos de ahora, pero tampoco la demanda de agua y energía era tan acusada como lo es en nuestros días.

En fin, ya vemos cuan difícil es aventurarse a predecir el porvenir meteorológico a largo plazo. Así es que confiemos en que el futuro nos depare lluvias abundantes y oportunas, temperaturas equilibradas y ambiente suave.

Como conclusión, sólo añadir que la *Meteorología* sigue siendo la hija loca de una madre sabia: la *Física*. Y que el agricultor, como no puede conocer el tiempo futuro, pues... ¡se lo inventa!

(L. G. P.)

Marcha periódica de los elementos meteorológicos

Tiempo y clima son consecuencia de los movimientos de la Tierra y de su atmósfera. Como es bien sabido, nuestro Planeta está dotado de dos movimientos fundamentales que efectúa simultáneamente. Se trata del movimiento de rotación alrededor de su eje, con un período de 24 horas (responsable de la sucesión de días y noches), y de un movimiento de traslación alrededor del Sol con un período aproximado de 365 días (causante de las distintas estaciones del año).

No obstante, estos movimientos no pasan desapercibidos, a pesar de que un habitante de España (o de cualquier región de nuestra misma latitud) sea transportado de Este a Oeste a más de 1.000 kilómetros por hora —a causa del movimiento de rotación— y se desplaza en el espacio a velocidades del orden de los 100.000 kilómetros por hora —debido al movimiento de traslación—. Este gigantesco «tío-vivo», con sus velocidades de vértigo, lo constituyen la Tierra y la delgada capa de aire que le rodea: la atmósfera, donde se generan los diversos cambios del tiempo.

El día

Desde el crepúsculo matutino, hasta que el sol elevándose, alcanza el cenit, después se oculta al atardecer y viene la noche. Es un ciclo completo, que mañana se repetirá de nuevo. Pero los días no tienen igual duración en invierno que en verano, y los diversos elementos meteorológicos: Temperatura, humedad relativa, presión, viento, nubosidad, etc., —aunque con un ritmo definido— no se comportarán igual todos los días del año.

Por ejemplo, la curva de la temperatura —muy ligada a la radiación solar— tiene forma de onda, con un mínimo hacia el amanecer y un máximo unas dos horas después del mediodía. Si el cielo está cubierto de nubes, la onda se convertirá sensiblemente en una recta, sin apenas contrastes entre las temperaturas máximas y mínimas. En cambio, la curva de la humedad relativa llevará la contraria a la de la temperatura, la humedad relativa desciende al aumentar la temperatura (pues el aire caliente puede retener más vapor sin que llegue a saturarse).

El año

La temperatura, y los demás elementos del tiempo, oscilan regularmente no sólo en un día, sino también en el transcurso del año. La variación de los elementos meteorológicos a lo largo del año tienen su causa natural en la oblicuidad del eje de la tierra y en la traslación de ésta alrededor del Sol, es decir en las estaciones astronómicas.

La marcha anual de la temperatura viene condicionada a la radiación solar y al caldeo de los suelos: el máximo valor anual se registra hacia finales de julio, el mínimo valor invernal a mediados de enero; influirá también mucho la altitud de la estación sobre el nivel del mar.

En resumen, los diversos elementos meteorológicos presentan manifestaciones rítmicas diurnas y anuales: es decir, realizan una oscilación pendular a uno y otro lado de un valor medio. Estos valores medios basados en las observaciones del tiempo, nos dan características climatológicas para cada lugar; temperatura media del día, mes y año en una determinada localidad de cierta región. Este tiempo medio oscila entre los valores extremos y medios, su valor estadístico representa el clima. Una especie de «calendario de tiempo medio», ligado al aire.

(L.G.P.)

El verano y su meteorología en España

En general, el hombre está encadenado al clima del país que habita, y el clima viene a ser el tiempo medio de cada región. El tiempo de cada día —en verano— es bastante uniforme, pero esto no quiere decir que la Naturaleza no nos pueda sorprender con alguna variante: tormentas, viento fresco del Norte, nubosidad pasajera, que rompa de forma transitoria el ritmo de calor del verano.

El anticiclón de Azores

La posición geográfica del anticiclón subtropical de Azores es muy específica como determinante de los tipos de tiempo en nuestra Península. El alta de Azores actúa, pues, como una especie de «guardia de la circulación atmosférica» que regula y ordena el paso de las corrientes de aire fresco y húmedo, asociado a las borrascas que vienen hacia nuestras latitudes por el Norte y el Oeste.

En verano, el mencionado anticiclón suele extenderse horizontalmente al Norte de las mencionadas Islas, extendiéndose hasta Europa Central a través del Golfo de Vizcaya y nuestra Península; predomina entonces el tiempo seco y caluroso en todo el país, con formación las tardes de una baja barométrica de carácter térmico (aire liviano y recalentado) sobre Extremadura, La Mancha y valle del Guadalquivir, donde se registran temperaturas máximas del aire que suelen rebasar el umbral de los 40 grados. Con esta situación pueden soplar vientos del Este por su borde meridional que se refuerzan en la zona de Gibraltar («Levante» en el Estrecho) y se desvían hacia el Nordeste siguiendo las costas de Africa, dando lugar a los «vientos alisios» de Canarias, que precisamente en verano presentan su máxima actividad con abundante nubosidad (temporada turística baja para extranjeros).

Cuando el anticiclón de Azores, en vez de situarse de Oeste a Este, se dispone de Norte a Sur, induce por su borde oriental vientos frescos del Norte, que dejan estancada abundante nubosidad en Galicia, Cantábrico cuencas altas del Duero y Ebro y Pirineos, manteniéndose un suave ambiente en la mitad septentrional del país. Si el anticiclón se sitúa horizontalmente de Oeste a Este, pero en baja latitud —al sur de las Islas Azores— (posición típica de invierno) entonces las ondas frontales de las borrascas barren el litoral cantábrico, con intervalos de nieblas y lluvias.

Cuando el anticiclón de Azores desaparece de su posición habitual —en ocasiones se desplaza hacia las Bermudas— puede entrar aire frío de más altas latitudes entre Azores y las costas portuguesas. Ello da origen a un período de calor seguido de actividad tormentosa asociada a corrientes templadas y húmedas del Suroeste.

Estos años pasados predominó más la circulación atmosférica en el sentido de los meridianos geográficos: entradas de aire fresco, seguido de pulsaciones cálidas del Sur, con un tiempo más movido y cambiante que cuando predomina la circulación en el sentido de los paralelos geográficos, con tiempo más persistente extendido a zonas horizontales.

Sensiblemente, y en términos del Santoral el verano astronómico, aparece entre San Juan y San Mateo, como bien lo indica el Refranero: «sin engaño, la noche de San Juan la más corta del año»; luego el día es el más largo (con casi 16 horas de luz contando los crepúsculos), para después llegar al equinoccio de Otoño y dictaminar: «Por San Mateo tanto veo como no veo» (se equilibran en duración el día y la noche).

Estos últimos cuatro años el verano no fue el climatológicamente normal; hubo exceso de tormentas y falta de calor y empalmaban la lluviosa primavera con el tormentoso estío. Así, los mejores meses de «verano» eran septiembre y octubre..., pero en ellos, con días cortos, el termómetro ya no se atrevía a «cantar las cuarenta» como temperaturas máximas.

Los veranos hispanos

No obstante, con nuestra atormentada geografía y nuestras variadas comarcas, tenemos distintos y variados «veranos». Por ejemplo, en Andalucía, Extremadura Sureste y Aragón el verano dura cinco meses (de mediados de mayo a mediados de octubre; desde San Isidro hasta El Pilar. En cambio, por las frías tierras de León, Soria y Burgos el verano es de dos meses: de mediados de julio a mediados de septiembre. (No en balde comentan allí, jocosamente que sólo tienen dos estaciones: «el invierno y la del ferrocarril».

Sería un trabajo curioso e inédito dar la longitud del verano según los umbrales de la temperatura media diaria para todas y cada una de las capitales y poblaciones con una larga serie de observaciones meteorológicas; calculando también sus necesidades de refrigeración.

No debiera desdeñar el impacto económico y social que tiempo y clima pueden incorporar al desarrollo (agricultura, hidrología, turismo, transportes, pesca, energía, salud pública, protección del medio ambiente...) según necesidades de los diversos «usuarios» de la meteorología.

Veraneo en playas

Otra cuestión muy interesante sería el inventario y catálogo turístico de nuestra playas y litoral. Su orientación, corrientes marinas, mareas, régimen de brisas, oleajes, temperatura del agua del mar, días nublados y cubiertos, días de lluvia, ambiente tonificante o de bochorno, etc. Estos datos constituyen un tesoro para nuestros vistosos literarios (y poco científicos) folletos turísticos. Sobre todo al ser repartidos en los países donde buscamos clientes, redactadas en sus correspondientes idiomas.

Las playas de Galicia y el Cantábrico son de suave temperatura, toldos nubosos ocasionales, agua fresca y tonificante ambiente. Pero cada una con sus peculiaridades: Rías Bajas gallegas tienen su mejor mes de mediados de julio a mediados de agosto (cuando no hay viento del SW) y Rías altas durante todo agosto (cuando no hay vientos del NW).

Otra faceta distinta tienen las playas de Levante (delicia de los turistas del Norte de Europa, debido a su sol y calor). Y con un amplio muestrario: tiempo soleado y brisas de Costa Brava, Costa Dorada y Baleares (desde julio a septiembre). Sol, calor, agua templada (y en ocasiones bochorno) en Costa Blanca, Costa del Sol y Costa de la Luz (desde mitad de junio a mitad de octubre). En toda la costa mediterránea es muy interesante conocer la distribución del «reloj de brisas» con carácter muy local —casi de microclima— y también los pocos frecuentes pero agobiantes terrales del W y del N., con su ambiente reseco y recalentado, y la afloración de aguas frías en la zona costera litoral.

Balnearios y montaña

Pero no todo ha de quedar reducido a las playas con su hormiguero de urbanizaciones, villas y campings... Pensemos en lo agradable que es la montaña cerca de los ríos cangrejeros, los embalses y los lagos y a la sombra de umbrosos pinares. Sólo para julio y agosto... con limitaciones. ¡Ah! y respetando la ecología y sin prender fuego al monte.

Y no olvidemos que los ancianos y enfermos pueden tener su tranquilo verano en los balnearios con su cura de aguas, sus tertulias y sus partidas de baraja y ajedrez.

Tal vez, el veraneo por prescripción facultativa no lo hagan los médicos del Seguro; pero en muchas ocasiones la gente va donde no debería ir, y donde su salud casi no se lo consiente...

Verano y agricultura

Las mejores frutas (y también las más baratas) las solemos tomar en verano cuando estamos a pie de obra de los huertos.

La convivencia con los agricultores, ganaderos y campesinos en general nos debiera hacer reflexionar a los españoles con que ingratitud damos la espalda al campo. Sin pensar que él nos mitigó el hambre en los tiempos malos y nos proporcionó divisas (agrios, aceites, vinos...) para poner en pie la industria de la que ahora presumimos.

¡Bienvenido seas! Caluroso verano hispano.

Lorenzo García de Pedraza
Meteorólogo